

triumfo. La vida parlamentaria está llena de sorpresas. La Asamblea que el 12 de junio ratificó, si no con su voto, al menos con sus aplausos, la proscripción de Luis Bonaparte, había de admitir, el 13 de junio, al mismo Bonaparte en el número de los representantes del pueblo.

Por un capricho extraño de la fortuna, el principal autor de aquella evolución inesperada fué Julio Favre. Los dictámenes sobre las actas de los nuevos diputados estaban casi todos listos. Al principio de la sesión del 13, Julio Favre subió á la tribuna y leyó el suyo, relativo á la elección de Luis Bonaparte en el departamento del Charente Inferior y que proponía la admisión. Recordó que al discutirse recientemente el destierro de la familia de Orleans, la Asamblea manifestó con toda claridad su intención de no hacer extensivas á los Bonaparte aquellas rigurosas medidas. Añadió que el 2 de junio, en el curso del debate de la proposición Pietri, el gobierno se alzó contra aquellas leyes de proscripción. La Comisión ejecutiva había desautorizado á Julio Favre en la cuestión del procesamiento de Luis Blanc, y Julio Favre se complacía en devolver golpe por golpe á la Comisión ejecutiva, contra todo sentimiento de previsión. Con aquel acento de amargo sarcasmo que le era propio y que es frecuente en los antiguos amigos convertidos en rivales, leyó en la reseña estenográfica del *Monitor*, que era el diario oficial del gobierno, las propias palabras del ministro de la Justicia: «La proscripción de la familia de Napoleón sería para Francia una vergüenza.» «De modo, continuó con su ironía, que el gobierno que por boca del guardaseñal no deja nunca de manifestar su pensamiento, lo dió á conocer con una feliz espontaneidad.» Si la situación de Luis Bonaparte, continuó el ponente, era juzgada de un modo tan favorable cuando aquél no era más que simple candidato, ¿cómo su posición había de ser más precaria hoy que el sufragio popular ha puesto su cuádruple sello sobre su frente?» Entrando luego en la cuestión política, Julio Favre se negó á creer en el peligro que Lamartine había señalado el día antes. «La Comisión ejecutiva, dijo, abultó inoportunamente la personalidad del ciudadano Luis Bonaparte... Si el ciudadano Bonaparte fuese bastante insensato para soñar en una especie de parodia de lo que hizo en 1840, sería cubierto de oprobio por sus conciudadanos y por la posteridad.» El ponente insistió en fin sobre el peligro de una sentencia de ostracismo. «En Francia, Luis Bonaparte no será más que un ciudadano... Expulsado por vuestro voto, será nuevamente arrojado á su situación de pretendiente, y volverá á pasar el mar con unos cuantos centenares de miles de sufragios que, hasta cierto punto, le darán una especie de legitimidad.»

Así habló Julio Favre, que, en odio á la Comisión ejecutiva, se convirtió en introductor del príncipe en la Asamblea. Como si ninguna extrañeza hubiese de faltar en aquel debate, estuvo reservado á Ledru-Rollin, el tribuno intemperante y arrebatado, el usar aquel día el lenguaje de la previsión. Con notable claridad entró de lleno en el corazón mismo de la cuestión. «Las leyes de destierro existen, dijo; existen, puesto que habéis discutido si habían de ser suspendidas, abrogadas ó ejecutadas. En vano se objetará la elección de dos ó tres departamentos para escudar al elegido con el princi-

pio de la soberanía del pueblo. Lo que hay que considerar es el conjunto de la nación, y no el voto aislado de un departamento sorprendido ó extraviado.» Después de haber establecido la cuestión de la legalidad, Ledru-Rollin recordó los hechos recientes que habían despertado inquietudes. «No exagero, dijo, las acusaciones contra Luis Bonaparte; no vengo á deciros de una manera hiperbólica: *la República está perdida*. No, la República no está perdida; pero yo pregunto á los que nos combaten si quieren hacerse culpables de una sola gota de sangre vertida en nombre del Emperador.

«Nos decís que desechemos las leyes de proscripción... Pero ante todo hemos de mantener el orden y la seguridad en Francia... Añadís: El ciudadano Luis Napoleón es ajeno á todos esos manejos; todo el mundo lo ha dicho, excepto él. (*¡Es verdad!*) Ha sido dos veces pretendiente; dos veces ha hablado de los derechos hereditarios del Imperio... Ahora que ha sido elegido, que venga y diga: «Me inclino ante el pueblo soberano; viviré y moriré simple ciudadano.» Que lo diga, si le parece conveniente, y entonces vuestra ley, que no es más que una ejecución interina, podrá ser modificada.»

Por terminante que fuese este discurso, no arrastró á la Asamblea. Los vivos temores de la víspera se habían calmado no poco. Ledru-Rollin tenía pocas simpatías entre sus colegas. Además, ¿qué confianza podía inspirar aquel gobierno que, después de haber declarado el 2 de junio que las leyes de proscripción eran una *vergüenza*, invocaba diez días después aquellas mismas leyes? Los representantes conservadores á quienes importaban poco los peligros de la República, los enemigos de la Comisión ejecutiva que se alegraban de ocasionarle una derrota, los republicanos dogmáticos que, como Luis Blanc, desechaban toda proscripción dinástica, eran elementos que, coligados, formaron una mayoría en favor de la admisión de Luis Bonaparte. No menos versátil que el poder, la Asamblea admitió en su seno al que había querido desterrar el día antes. El gobierno, victorioso el 12, fué vencido el 13. En aquel tiempo de universal confusión, semejante serie de contradicciones sorprendió menos de lo que pudiera creerse. La Comisión ejecutiva revocó la orden de prisión lanzada la víspera, y después de haber pensado un momento entregar el poder, acabó por conservarlo.

¿Qué hacía mientras tanto el príncipe de quien todo el mundo se ocupaba? Retirado prudentemente en Londres, fiado en el prestigio de su nombre y dejando que sus amigos se agitasen por él, se limitaba á entrar en comunicación con el público por medio de cartas cuyos términos hábilmente calculados dejaban entrever, á través de la modestia del ciudadano, las ambiciones del jefe de Estado. El 11 de mayo, en una carta al Sr. Vieillard, carta leída en la sesión del 13 de junio, Luis Napoleón exponía que no había querido presentarse en las elecciones generales porque su nombre y sus antecedentes habían hecho de él, de grado ó por fuerza, «un hombre en que ponían los ojos todos los descontentos. Si Francia me necesitase, continuaba, si estuviere trazado mi papel, no vacilaría en prescindir de todas las consideraciones secundarias para cumplir con mi deber... Mientras tanto, el destierro voluntario me es muy grato,

¿Qué había pasado en los talleres nacionales desde el violento traslado de Emilio Thomás á Burdeos?

A pesar de la instalación del nuevo director, señor Lalanne, en Monceaux, la institución subsistió con sus abusos y sus peligros.

Pudo esperarse un momento que vendría un impulso á la vez resuelto y moderado, no del gobierno, sino de la Asamblea. En medio de tantas voluntades débiles, indecisas ó timoratas, surgió un hombre dotado de actividad, de valor, y sobre todo de esa energía mezclada de prudencia y de osadía, propia de los hombres de Estado. Era un joven representante de Maine y Loira, de familia legitimista, que sólo llevaba dos años de vida política: el vizconde de Falloux. La comisión parlamentaria del trabajo había confiado á una subcomisión compuesta de tres miembros el cuidado de arreglar particularmente la cuestión de los talleres nacionales. Miembro de esta subcomisión, el Sr. de Falloux fué pronto su portavoz. El 29 de mayo, leyó en la tribuna un dictamen cuyo lenguaje, firme sin fanfarronería, se impuso en seguida á la atención de la Asamblea. Cuidaba de apartar toda recriminación: «La censura que recae sobre los vicios de la institución no debe alcanzar en nuestra mente ni á sus primeros fundadores, ni á sus colaboradores actuales.» Después de este preámbulo, trazaba el más impresionable cuadro del desorden que reinaba: los talleres no dando al Estado sino un producto irrisorio á pesar de inmensos sacrificios; los obreros honrados prontamente subyugados ó desviados del buen camino; la vagancia convertida en una doctrina que reinaba por la violencia; algunos cabezillas imponiendo leyes tiránicas á sus camaradas, que las imponían á su vez á sus patronos. «Desde el punto de vista industrial, añadía, los talleres nacionales no son hoy más que una huelga permanente y organizada á 170.000 francos diarios, ó sean 45 millones al año; desde el punto de vista político, son un foco activo de fermentación amenazadora; desde el punto de vista financiero, una dilapidación cotidiana y flagrante; desde el punto de vista moral, la alteración más evidente del carácter del trabajador.» Para combatir tan terrible mal, el ponente había imaginado un triple remedio. El primero consistía en substituir el trabajo á jornal por el trabajo á destajo, entregado directamente á obreros asociados, ó á obreros aislados, sin mediación de empresario alguno. El segundo era enviar á provincias, por cuenta del Estado, á los obreros inscritos en los talleres que llevaban menos de tres meses de residencia en París. El tercero consistía en abrir créditos especiales destinados para activar, por medio de anticipos ó primas, la reanudación de obras públicas y trabajos de industria.

Como se ve, la resolución propuesta por el Sr. de Falloux distaba mucho de presentar el mismo carácter de rigor que las proyectadas poco antes por la Comisión ejecutiva y combatidas por Emilio Thomás. El gobierno trataba de imponer á los trabajadores la dura opción entre sentar plaza en el ejército ó ser borrado inmediatamente de las listas de los talleres: el Sr. de Falloux no reproducía nada de esto. «No hemos querido, decía el ponente de la comisión, cerrar una

porque sé que es voluntario.» El 24 de mayo, en una carta al presidente de la Asamblea, se alzaba contra las leyes de proscripción de que su familia era víctima desde 1816: «¿Por qué había yo de haber merecido semejante pena? ¿Por haber declarado siempre públicamente que Francia no era el patrimonio de ningún hombre, de ninguna familia ni de ningún partido?..» Pero, al protestar que no reivindicaba más que sus derechos de ciudadano, recordaba *que era el heredero de un imperio fundado en el asentimiento de cuatro millones de franceses*. El 14 de junio, admitido como representante del pueblo y alentado por el favor creciente de su nombre, escribió al presidente de la Asamblea en estos términos:

«Londres, 14 de junio de 1848.

»Señor presidente:

»Partía para presentarme en mi puesto, cuando me entero de que mi elección sirve de pretexto para disturbios deplorables y errores funestos. No he solicitado el honor de ser representante del pueblo; aún pretenderé menos el poder.

»Si el pueblo me impone deberes, sabré cumplirlos. Pero desautorizo á todos los que me atribuyan intenciones ambiciosas que no tengo. Mi nombre es símbolo de orden, de nacionalidad y de gloria, y me causaría vivo dolor el verle servir para aumentar los disturbios y desgarramientos de la patria. Para evitar semejante desgracia, antes permaneceré en el destierro: estoy pronto á todos los sacrificios por el bien de Francia.

»Tened la bondad, señor presidente, de dar conocimiento de esta carta á mis colegas.

»Recibid el testimonio de mis sentimientos distinguidos.

»LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.»

Esta carta altiva, leída al final de la sesión del 15 de junio, produjo en la Asamblea una emoción extraordinaria. El general Cavaignac se indignó: los republicanos viejos disimularon su cólera bajo el manto del desprecio. A las doce del día siguiente, un amigo llegado de Londres entregó al presidente un nuevo mensaje de Luis Bonaparte en que este príncipe se declaraba orgulloso de su cuádruple elección, pero añadía que, «puesto que favorecía involuntariamente el desorden, depositaba, no sin vivo pesar, su dimisión en manos de la Asamblea.»

Avanzar, retroceder, avanzar otra vez, proclamar en toda ocasión sus derechos confundidos con los derechos de la nación, inquietar y tranquilizar alternativamente á sus adversarios, fatigarlos con sus ataques ó sus retiradas á fin de vencerlos con más seguridad, tal era ya al principio de su carrera la táctica de Luis Napoleón. Habiendo sondeado la opinión, creyó prudente hacer alto antes de emprender otra etapa en el camino de su fortuna. Los representantes escucharon con fingido desdén la carta de dimisión del príncipe, y creyendo ó simulando creer que todo peligro dinástico quedaba conjurado, pasaron á la orden del día.

Desgraciadamente la orden del día abrió la discusión sobre los talleres nacionales, cuestión cada vez más amenazadora y ante la cual desaparecían todas las demás.

puerta á los abusos sin abrir en seguida dos al trabajo.»

El decreto propuesto fué votado por la Asamblea el día 30 de mayo é inserto el 4 de junio en el *Monitor*. Aquellas medidas aplicadas con firmeza y sobre todo con orden ¿hubieran evitado la crisis que siguió? Sería una temeridad el afirmarlo ó siquiera presumirlo. En todo caso, estaba indicado con una autoridad de lenguaje y de actitud poco comunes el camino que se debía seguir.

Desgraciadamente, aquella palabra enérgica no había de encontrar eco. La Comisión ejecutiva, que era tan débil, tenía un agente más débil todavía en el ministro de Obras públicas, Sr. Trelat, médico tan sabio como bueno y caritativo, pero político inexperto.

Sucedió, pues, que el decreto propuesto por la comisión del trabajo y votado por la Asamblea no se hizo efectivo. El mal, lejos de disminuir, empeoró. Se dijo que el número de las inscripciones, en los talleres nacionales, ascendió á ciento diez y siete mil (1). Las circulares á los prefectos y á los alcaldes les obligaban á negar todo pasaporte para París á los obreros que no justificasen tener recursos asegurados á su llegada á la capital: sin embargo, las peticiones afluían á los talleres nacionales, cuyos gastos diarios ascendían á unos 170.000 francos (2). El trabajo era más ilusorio y más improductivo que nunca. En presencia de tan lamentable situación, el gobierno fluctuaba entre medidas diversas, pero igualmente ineficaces. Continuaba la operación del censo, pero sin lograr terminarla en condiciones satisfactorias. Consultaba por medio de circulares á las Cámaras de comercio sobre los mejores medios de reanimar á la industria particular, pero claro estaba que la crisis se resolvería en París antes de que llegase la respuesta.

Se anunciaron grandes obras de canalización ó de vía férrea en las cuencas del Marne y del Sena, en el Oeste en la Soloña, para las cuales se habían consignado crecidas cantidades; pero aquellas obras eran propias para hombres acostumbrados á rudas faenas, y además no era fácil vencer la resistencia de los obreros á salir de París.

Todo hacía prever que esta resistencia sería terrible. El espíritu de los talleres nacionales se pervertía cada vez más. La rivalidad entre los obreros de los talleres y los delegados del Luxemburgo había cesado, y unos y otros se hallaban unidos en un pensamiento común de desorden. Se multiplicaban las huelgas, y sucedía que los patronos, imposibilitados de satisfacer los pedidos, perdían los mercados, que ganaba la industria extranjera (3). Los talleres ofrecían más que nunca un refugio á los holgazanes ávidos de trastornos. Los cabecillas pronosticaban sediciones próximas y prometían conducir sus compañeros á casas ricas donde habría que pi-

(1) Memoria de la comisión de contabilidad de los talleres nacionales (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 156).

(2) El gasto total de los talleres nacionales fué de 14.174.982 francos. Nota aneja al informe de la comisión de contabilidad (*Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 156).

(3) Declaración Carlier, Información parlamentaria (*Enquête parlementaire*), tomo I, pág. 246.—Informes de policía, *Información parlamentaria*, tomo II, págs. 185-187.—Nota é informe del Sr. Carlier al ministro de Obras públicas (*Información parlamentaria*, tomo II, pág. 169).

llar (4). Los periódicos demagógicos pululaban, adoptando los títulos más siniestros para impresionar á las imaginaciones: había *El Robespierre*, *La Carmañola*, *La República roja*, y todos contribuían á afirmar á los obreros en sus violentos designios. Uno de ellos, *La organización del trabajo*, llevaba la audacia al extremo de publicar listas nominativas de banqueros, notarios y agentes de cambio, como para señalarlos á las iras del pueblo (5). Desde el 30 de mayo se formaron cada noche numerosos grupos en los bulevares, entre las puertas de San Dionisio y San Martín. Aquellos grupos se disipaban ante la fuerza pública para volverse á formar en seguida: á menos de mal tiempo, la calle no quedaba despejada hasta muy entrada la noche. Ni numerosos arrestos, ni una severa ley sobre las aglomeraciones de gente pudieron triunfar de aquellas manifestaciones (6). En aquellas escaramuzas, en apariencia inofensivas, se aprestaba el pueblo á la guerra civil, cuyos cuadros y personal proporcionaban á la vez los talleres nacionales.

El 14 de junio, la desdichada cuestión de los talleres volvió á figurar en la orden del día de la Asamblea bajo la forma de una petición de crédito. Los tres millones votados el 22 y el 24 de mayo se habían agotado hacía tiempo, y el ministro de Obras públicas vino á solicitar de la Asamblea igual consignación. El Sr. de Falloux fué también aquel día el adversario ó más bien el crítico perspicaz de la política gubernamental. Después de demostrar que el ministro de Obras públicas no había logrado presentar á la Cámara ni la sombra de una medida salvadora, el orador añadió que quería separar claramente la responsabilidad de la Comisión ó de la subcomisión del trabajo de la responsabilidad del poder, y pidió que el decreto propuesto por el ministro pasase á informe de las secciones para que nombrasen otra comisión encargada de examinarlo.

La contestación del Sr. Trelat, llena de vaguedades que no desmentían nada de lo afirmado por el señor de Falloux, aumentaron la inquietud de los representantes.

Desde aquel momento fueron tan vivas las preocupaciones causadas por los talleres nacionales, que sobre este grave asunto recayeron todos los debates de la Asamblea inquieta. Bajo la impresión del inminente peligro, á todos se pedía remedio, á los monárquicos, á los republicanos, á los revolucionarios, á los economistas de todas las escuelas, y sobre todo á los socialistas, como si para ellos hubiese llegado la hora de demostrar con resultados visibles la excelencia de sus doctrinas. Por esto se escuchaba con atención religiosa á Pedro Leroux cuando, á propósito de un debate sobre la colonización de la Argelia, subió por vez primera á la tribuna. «El pueblo, dijo, pide una civilización nueva. Si no queréis salir de la antigua economía política; si queréis destruir todas las promesas, no sólo de la última revolución, sino de todos los tiempos de la Revolución francesa; si no queréis que hasta el cristianis-

(4) Audiencia del Sena, causa Jourdan (*Gaceta de los Tribunales*, 10 de julio de 1848).

(5) *L'Organisation du travail*, número del 8 de junio.—*Monitor*, pág. 1332.

(6) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, páginas 199 y siguientes).

mo dé un nuevo paso; si no queréis que haya asociación humana, digo que exponéis la civilización antigua á morir en una agonía terrible.» Este introito solemne, que en cualquiera otra época hubiera sido acogido con murmullos, fué escuchado con atención. Pero resultaba que la economía política nueva no difería mucho de la antigua. «Es preciso, dijo Pedro Leroux, aumentar la producción por medio de la asociación, por medio del cultivo de los terrenos vagos de la Bretaña, el Lemosín ó la Soloña, y por medio de emigraciones á Córcega ó Argelia.» Remedios conocidos y, en todo caso, de efecto remoto, cuando lo que se pedía era un remedio inmediato.

Al socialista Pedro Leroux siguió el republicano Goudchaux. «Es preciso, dijo éste, que los talleres nacionales desaparezcan, así como suena, enteramente; es preciso que desde luego desaparezcan los de París, y en seguida los de provincias; no han de menguar, sino que han de desaparecer... El suelo está muy minado... La revolución de Febrero llegó demasiado pronto... En el Luxemburgo se hacen ensayos, no para los trabajadores, sino por medio de ellos.» Los representantes escuchaban con estupor aquella confesión, extraña en boca de un republicano. Sin embargo, de todos los escaños partió el mismo grito: «¡El remedio! ¡la conclusión!» Pero el Sr. Goudchaux no satisfizo tampoco los deseos de la Asamblea. Preconizó la difusión de la instrucción, el desarrollo del crédito, la rebaja de las contribuciones; se perdió en generalidades y bajó de la tribuna en medio de la desilusión general.

La Asamblea, sin embargo, no se desanimaba. A cada orador, obscuro ó célebre, elocuente ó vulgar, le pedía lo mismo: «¡El remedio!» En vano se procuraba desviar su atención para que se fijase en otros asuntos, como en las agitaciones que entonces se producían en varios departamentos, ó en los disturbios que la cobranza de las contribuciones acababa de hacer estallar en Gueret y que habían ocasionado una sangrienta colisión entre la guardia nacional y el pueblo. La Asamblea escuchaba distraída todas aquellas noticias. La única idea que le preocupaba era la de resolver, sin desencadenar la guerra civil, aquella terrible cuestión de los talleres nacionales.

En medio de tanta ansiedad llegó el día en que la comisión nombrada por las secciones presentó su dictamen sobre la nueva consignación de tres millones pedida por el ministro de Obras públicas. Era el 19 de junio. El Sr. de Falloux, nombrado ponente de la nueva comisión, como lo había sido de la antigua, leyó su trabajo. Contestóle el ministro. La discusión suscitada proporcionó á los aficionados á dar consejos una postrera ocasión de exponer sus miras. Cada cual proponía su remedio: éste ponderaba las primas de exportación; aquél los préstamos directos á la industria; el de más allá pedía una prima á los patronos por cada obrero empleado. Víctor Hugo, recién elegido, multiplicó en un estudiado discurso sus brillantes antítesis. La Asamblea escuchaba con paciencia, en espera de una solución eficaz que no llegaba nunca. Y no sólo escuchaba á los doctores, sino que hasta prestaba oídos á los empíricos. Casi hizo una ovación á Caussidière, que propuso grandes empresas de colonización y que, en un lenguaje de una trivialidad pintoresca, predicó la concordia entre

todos los partidos. Después de aquellos largos discursos, el crédito de tres millones solicitado por el ministro fué votado. Acordóse además que cada nueva consignación no pudiese exceder de un millón, y se prorrogaron indefinidamente los poderes de la comisión nombrada por las secciones.

Mientras tanto se aproximaba el desenlace. En la Asamblea, en las reuniones extraparlamentarias, en la prensa, en el mundo comercial, en todas partes se oía esta expresión: «¡Hay que acabar con eso!» La cuestión estaba en saber de qué modo se llevaría á cabo la disolución. El Sr. de Falloux, que el odio de los partidos trató luego de hacer responsable de la crisis y de la



El conde de Falloux

guerra civil, se inclinaba á una disolución preparada mediante una serie de medidas progresivas. Su plan encontró una viva oposición, principalmente en el señor Goudchaux, que lo encontraba demasiado complicado y de una ejecución demasiado difícil, y fué al fin desechado (1). La Comisión ejecutiva era incapaz de llevar á buen término la supresión de los talleres nacionales. Acusada de doblez por los conservadores, de dureza por los obreros, de incapacidad por todos, la desdichada Comisión perdía cada vez más su sangre fría. Cuando ya no le fué posible ocultar el peligro, precipitóse en él de cabeza.

El 21 de junio acordó que los obreros de diez y ocho

(1) Véase el discurso del Sr. de Falloux, sesión del 24 de mayo de 1849, *Monitor* de 1849, pág. 1891. M. de Falloux, *Mémoires politiques*, tomo I, págs. 113 y 114. En unas *Memorias inéditas*, que una amable comunicación nos ha permitido consultar, M. Armando de Melún, que se había ocupado mucho de cuestiones sociales y obreras, se expresa en los siguientes términos: «El Sr. de Falloux, en el momento en que se disponía á obtener de la Asamblea la supresión de los talleres nacionales, quiso crear instituciones prácticas en favor de los obreros y de los pobres, y me pidió un proyecto sobre el desarrollo de la previsión y de la asistencia. El lo presentó á la comisión de los talleres nacionales. En dicha comisión, varias voces se alzaron en contra del proyecto, acusándolo de conceder al Estado una intervención excesiva en el alivio de la miseria, y de restringir el dominio de la caridad privada. El proyecto no fué aceptado.»

á veinticinco años tenían que optar entre sentar plaza en el ejército ó ser borrados inmediatamente de las listas de los talleres. Al mismo tiempo se dieron órdenes para que se activase la marcha de brigadas á provincias. El *Monitor* del 22, que promulgaba esta resolución, la acompañaba de un comentario irrisorio: «Los mismos obreros verán con gusto que se empieza con esta medida á resolver la cuestión de los talleres nacionales... Es necesario que estos talleres sean disueltos, y estamos persuadidos de que los trabajadores lo comprenderán fácilmente, merced á su buen sentido y á su patriotismo.» Como si hubiese sido necesario aumentar con la brusquedad de las formas el rigor de semejante decreto, el Sr. Lalamne daba á conocer en el cartel siguiente las decisiones del gobierno: «Los jefes de distrito enviarán cada uno la quinta parte de su efectivo, esta tarde, á las tres, al picadero. Trátase de marchas que han de efectuarse hoy, mañana y pasado mañana. Yo mismo hablaré á los hombres de buena voluntad que se presenten. *El gobierno quiere que esas marchas tengan efecto. Es preciso que su voluntad sea ejecutada hoy mismo.*»

El golpe estaba dado. El efecto producido fué terrible. El 22 de junio, antes de las ocho de la mañana, unos cuatrocientos obreros, capitaneados por el llamado Pujol, teniente de los talleres nacionales, se presentaron en el Luxemburgo pidiendo audiencia á la Comisión ejecutiva. El Sr. Marie, que se hallaba solo en el salón del Consejo, dió orden de introducir cinco delegados. Pujol quiso tomar la palabra en nombre de sus camaradas. Marie le interrumpió: «Os conozco; el 15 de mayo fuisteis uno de los invasores de la Asamblea; os prohibo hablar aquí...» Sus compañeros, intimidados, se callaban. «¡Vosotros, que sois verdaderos obreros, hablad!, exclamó Marie. ¿Necesitáis permiso de Pujol? ¿Sois esclavos de ese hombre?» (1) Es fácil adivinar lo que fué una entrevista así comenzada. Después de tres cuartos de hora de borrascosa discusión, los delegados salieron del palacio, y mezclándose con los grupos les comunicaron su indignación. La columna se puso luego en marcha y se dirigió hacia la plaza de San Sulpicio: allí Pujol arengó á la muchedumbre; retronaban las amenazas contra la Asamblea y contra la Comisión ejecutiva. Acudió un batallón de infantería y despejó la plaza.

Aquella mañana, las excitaciones de los periódicos encendían los ánimos en cólera. «Acabáis de pronunciar por órgano de uno de vuestros visires, decía *La Organización del Trabajo*, un decreto de proscripción que alcanza á veinte mil proletarios. Trelat, del *Nacional*, es el encargado de esa orden inhumana, y en el

(1) Declaración de Marie (*Información parlamentaria*, tomo I, pág. 320).

mismo instante en que escribimos estas líneas oímos la voz del pueblo, voz que todo lo quebranta con su cólera, elevarse y protestar contra vuestra barbarie... Podéis calumniar á los socialistas, no tendréis reposo sino con la democracia. ¡La lucha está abierta! Elegid: ¡su libertador ó su verdugo! ¡Reflexionad!...»

A medida que avanzaba el día, aumentaban los grupos. El movimiento, circunscrito al principio en la margen izquierda, se extendió pronto á la derecha del río. Grandes masas recorrieron la calle de Saint-Honoré, aparecieron en las inmediaciones del Mercado central y llenaron la plaza del Hotel de Ville. Se oían los gritos de «¡abajo Marie!, ¡abajo Lamartine!, ¡no partiremos!, ¡trabajo ó pan!» (2). Justamente inquietos, los miembros de la Comisión ejecutiva dieron orden al ministro del Interior de hacer prender á cincuenta y seis delegados de los talleres nacionales, entre ellos Pujol, y cinco obreros más (3); pero no se tenían las señas exactas: además, respecto á los cincuenta y seis delegados, la orden de prisión, por una extraña incuria, fué á perderse en el ministerio del Interior, de donde no fué transmitida á la prefectura de policía hasta el día siguiente (4); ninguna medida decisiva vino, pues, á reprimir en su origen el tumulto popular. Toda clase de rumores eran acogidos por la credulidad ó la irritación de las masas. Se hizo correr la voz de que se enviaban muchas brigadas á Soloña, pero que este país era malo, y que se quería matar de hambre á los obreros; añadían que los trabajadores enviados á los suburbios habían sido maltratados. Se pasó el día en medio de agitaciones (5). Los informes de la policía anunciaron una gran reunión para la noche en la plaza del Panteón. Cerca de las seis, en efecto, formóse en esta plaza un grupo más considerable que los demás, que bajó por la calle de Saint-Jacques, atravesó la *Cité*, desembocó en el bulevar, se dirigió hacia la Bastilla, dió varias veces la vuelta á la columna cantando la *Marsellesa*, encaminóse de nuevo hacia la margen izquierda del río y regresó á las diez á su punto de partida. Allí los manifestantes se detuvieron, encendieron algunas antorchas y formaron corro para oír los discursos de los instigadores; después de lo cual se separaron á los gritos de «¡viva la República social!», dándose cita en las barricadas para el día siguiente. En el próximo libro se verá como cumplieron su promesa.

(2) Informes de policía (*Información parlamentaria*, tomo II, págs. 212-214).

(3) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva (*Información parlamentaria*, tomo II, pág. 45).

(4) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva: declaración de Panisse (*Información parlamentaria*, tomo II, pág. 45, y tomo I, pág. 332).

(5) Informes de policía (*Información parlamentaria*, tomo II, págs. 210, 212, 214).

LIBRO SÉPTIMO

LA INSURRECCIÓN DE JUNIO

SUMARIO: I (*Extractado*).—El 23 de junio.—Tumultos en la plaza del Panteón.—Primeros avisos dados á la Comisión ejecutiva; seguridad que cede pronto el puesto á la inquietud.—Increíbles progresos de la insurrección de ocho á diez de la mañana; vasto semicírculo en que los amotinados dominan en absoluto.—Medidas tomadas por la Comisión ejecutiva; mando de todas las fuerzas militares confiado al general Cavaignac; estado numérico de las tropas; plan general; objeciones; el plan es adoptado.—Cuartel general en el palacio de la Asamblea.—Tropas divididas en tres cuerpos: cuerpo del general Lamoricière, destinado á operar en los bulevares; cuerpo del general Bedeau, que tenía su centro en el Hôtel de Ville; cuerpo del general Damesme, llamado á cubrir la margen izquierda del Sena.—A pesar de los recursos de que dispone, el general Cavaignac se halla inquieto; su inexperiencia en materia de guerras en la calle; actitud dudosa ú hostil de la guardia nacional en los barrios populares; dudas sobre las disposiciones de la guardia móvil.—Primer combate en la puerta de Saint-Denis, cerca de las doce. A partir de este momento, la batalla se generaliza.—Barrio del Panteón; disposiciones de los habitantes de este barrio; reconocimiento intentado por Buchère; tentativa de conciliación practicada por Arago; fracaso de esta tentativa; toma de las barricadas de la Sorbona, de la plaza de Cambrai y de la calle de Mathurins.—Barrio del Hotel de Ville; el general Bedeau; fuerzas importantes de que dispone; estas fuerzas son, sin embargo, insuficientes; barricadas formidables á la entrada del puente de San Miguel, al extremo inferior de la calle de La Harpe y á la entrada del Petit-Pont; combates encarnizados; el general Bedeau herido.—Barrio de los bulevares; el general Lamoricière; extensión del campo de batalla; espíritu de los arrabales; la Villette, la Chapelle y Belleville; primera, segunda y tercera legiones; su celo por el orden. Serie de combates sangrientos y no decisivos; refuerzos pedidos.—Cavaignac, que se encontraba en la Asamblea, se traslada al *faubourg* del Temple; ataque á la barricada de la calle de Saint-Maur; cerca de las nueve, Cavaignac vuelve al Palacio Borbón.—Disposiciones de la Asamblea; engañosa seguridad seguida de extremas inquietudes.—Comisión ejecutiva; Ledru-Rollín se queda solo con Marie en el palacio de la presidencia de la Asamblea durante la ausencia de Cavaignac; sus ansiedades; se piden órdenes y refuerzos; medidas ordenadas por Ledru-Rollín.—Cerca de las diez, Cavaignac sale otra vez del palacio de la presidencia; su visita al general Bedeau herido, á quien reemplaza por el general Duvivier; su entrevista con Damesme; vuelve á media noche al cuartel general.

II.—El 24 de junio.—Noche del 23 al 24 de junio; en los barrios sublevados, manejos de los insurrectos para reclutar partidarios.—En los barrios partidarios del orden, vivas inquietudes; la Asamblea; muchos diputados permanecen en el Palacio Borbón; temores y esperanzas; insuficiencia de la Comisión ejecutiva; gestiones para reemplazarla.—Al amanecer, las hostilidades vuelven á empezar; posición amenazadora de los insurrectos, sobre todo por la parte del Hotel de Ville; toma de las alcaldías octava y novena.—A las ocho, se reanuda la sesión parlamentaria; discurso de Senard; se vota el estado de sitio; todos los poderes concentrados en manos del general Cavaignac; dimisión de la Comisión ejecutiva.—Manifiesto del nuevo jefe del poder ejecutivo á la guardia nacional, al ejército y á los insurrectos.—Combates en el *faubourg* Poissonniere, en el cercado de San Lázaro y en el *faubourg* del Temple.—Combates en el barrio del Hotel de Ville.—A la izquierda del río: éxitos del general Damesme; combates en la plaza Maubert; el Panteón vuelve á caer en poder de las tropas; barricadas en la calle de la Vieja Estrapada; Damesme herido; es reemplazado por el general Brea.—Situación general al fin de la segunda jornada de lucha.—Las guardias nacionales de los departamentos empiezan á llegar.

III (*Extractado*).—El 25 de junio.—Al norte de la ciudad, combates en la barrera de Rochechouart; toma del cercado de San Lázaro; el pueblo de la Chapelle cae nuevamente en poder del partido del orden; continuación de la lucha en el arrabal del Temple.—Barrio del Hotel de Ville; preparativos de ataque en el arrabal de San Antonio; dificultades de este ataque; estado del arrabal; dos columnas formadas; columna del general Regnault; triunfos que cuestan caros y muerte del general; columna del general Duvivier; Duvivier herido; marcha ofensiva á lo largo de los muelles; combates sangrientos. Las dos columnas se reúnen en la plaza de la Bastilla; aspecto formidable que presenta la entrada del arrabal de San Antonio; muerte del general Negrier y del representante Charbonnel.—Emoción que estas noticias causan en la Asamblea.—A la izquierda del Sena: triunfos del general Brea; éste pretende concluir sin efusión de sangre la pacificación del barrio; va sucesivamente á las barreras de Saint-Jacques, de Enfer y de la Santé; llegada á la barrera de Fontainebleau; disposiciones hostiles; el general Brea pasa la barrera; gritos de muerte; el general y sus compañeros conducidos al café del Gran Salón y luego al Grand-Poste; violencias é insultos; asesinato de Brea y del capitán Mangin; las tropas pasan la barrera; jactancia de los asesinos.—Monseñor Affre: su carácter; su proyecto de ofrecer su mediación á los dos partidos; va desde luego al palacio de la Asamblea; su entrevista con Cavaignac; el prelado se presenta en los barrios sublevados; llega á la plaza de la Bastilla; especie de tregua tácita; el arzobispo es mortalmente herido.

IV.—El 26 de junio.—Estado del arrabal de San Antonio en la noche del 25 de junio; malas noticias para la insurrección; primeras negociaciones. Nuevas negociaciones durante la noche del 25 al 26; los representantes Druet-Desvaux, Larabit y Galy-Cazalat; gestión de los delegados del arrabal cerca de Cavaignac y de Senard; no llegan á entenderse; tregua prolongada hasta las diez; sentimientos contradictorios entre los insurrectos; las tropas en la plaza de la Bastilla.—Ataque del arrabal: las barricadas no son defendidas; la tropa llega hasta la plaza del Trono.—Lamoricière; combate en la calle de San Sebastián.—Últimas barricadas de la Villette.—La insurrección vencida; alegría que estalla en la Asamblea; manifiestos de Cavaignac; Monseñor Affre conducido al arzobispado; sus últimos momentos.

V.—Verdadero carácter de la insurrección de junio.—Fuerzas de ambas partes combatientes; número de muertos y heridos.—Número considerable de prisioneros; colisión sangrienta.—Actitud patriótica y valiente de la guardia nacional, de la guardia móvil, del ejército y de los representantes.—Cavaignac entrega sus poderes; la Asamblea se los continúa.

VI.—Durante la insurrección de París, los departamentos permanecen tranquilos, excepto Marsella.—Situación de Marsella: llegada de los *Voluntarios parisienses*; agitación.—El motín estalla el 22 de junio y en seguida se generaliza.—Actitud de la autoridad.—La plaza Jauguin; varios ataques infructuosos.—La plaza Castellane; ataque mandado y luego diferido.—El 23, el orden es restablecido en Marsella.